

DIARIO FUNDADO EN 1805 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

HEMEROTECA

F. MERINO SANCHEZ

EL OLIVO Y EL ENTIERRO

HA muerto el que fue gran canciller de Alemania Konrad Adenauer.

Alemania tiene la ventaja histórica de poder disponer de una baraja de recursos contradictorios. Como anotó Madame Stael, es un pueblo ferozmente "individualista": esto es producto del idealismo de Kant, que hace que cada hombre saque todo su conocimiento de esa especie de mochila interior que es la conciencia. Pero ese mismo individualismo, desde Fichte hasta Nietzsche, se traspasa al superhombre puesto al servicio de la gran Alemania. De este modo el mismo individualismo feroz le sirve para fabricar a Hitler, el loco, o para fabricar a Adenauer, el loquero.

El canciller Adenauer supo ser radicalmente el anti-Hitler con una serie de calidades autoritarias y rotundas, típicamente hitlerianas. Puso las mismas potencias casi energúmicas y entusiastas al servicio de la libertad, la democracia, Europa. Hubo un momento en que pareció que Europa iba a poderse reconstruir y salvar del todo en manos del triángulo excelso y cristiano-demócrata que dibujaban Schuman, Adenauer y De Gasperi. Luego, con la guerra fría de Rusia y otros lances, esa comunidad de doctrina y acción se rompió y cada país disparado hacia los varios extremos o cuerdas que limitaban el "ring". De Gaulle es casi un dictador y Saragat, sin casi, un socialista. El sueño de aquel buen entendimiento europeo, demócrata-cristiano, se ha desvanecido. Aquello era un auténtico "centro". Y ahora todo está descentrado.

Adenauer tuvo que ser austeramente fiel a la difícil misión alemana que le había tocado: hacerse perdonar el hitlerismo. Tuvo que aguantar con una paciencia y una zorronería inagotables la desmembración del país, el desarme, las "vendettas" de Nuremberg o de Eichman. Ahora, después de sus años de equilibrio centrista, le seguirán en el entierro políticos que poco tienen que ver ya con su doctrina. Su féretro irá por el centro de la calle, y sus acompañantes por las aceras izquierdas y derechas.

En todo ese juego, en el que ha dado tiempo de reaccionar contra el totalitarismo y dispersarse luego en sentidos varios, España se ha permitido el lujo de una tenacidad evolutiva, pero descomprometida. El general Franco ha demostrado la verdad de aquello que dijo en algún discurso: cuando le empujan a uno por la espalda, uno se estira y se yergue para no caerse. No confronto esa realidad casi física a nivel de política, sino a nivel de anécdota humana. Cuando en Inglaterra pusieron el veto a un posible embajador de España, el Caudillo, con taimada y salada solución, les envió al duque de Primo de Rivera. Al que no quiere caldo, taza y media. Al que no quiere régimen español, un hermano de José Antonio. Designación con la que mataba varios pájaros de un tiro: porque, además de tener que tolerar el apellido,

Londres se enteraba de que un Primo de Rivera podía ser duque, grande de España, maestro de vida civil, mundano y liberal.

Ahora se repite el mismo juego salado y pícaro. Al entierro del gigantesco fabricante de la reacción-antitotalitaria va don José Solís. Solís es el ministro del Movimiento, y además una porción de cosas que tiene muy poco que ver con esto: directivo de las ligas de defensa de la civilización cristiana; asiduo de todas las reuniones internacionales de parlamentarios. Maravillas de la osadía española. Solís es dentro de España un "todavía", y en Roma, en París o en Bonn es un "ya".

Solís tiene toda la simpatía deslizante de la campaña de olivos en que nació. Priego: la tierra de don Niceto Alcalá Zamora. Cabra: la tierra de don Juan Valera, el hombre más equilibrado de todo el pasado siglo. Solís va a consumir una hazaña digna de "El Cordobés". Ir en el entierro del gran demócrata-cristiano, del anti-Hitler, dejando listo en su retaguardia política el proyecto de Ley Orgánica del Movimiento. Va como cristiano, como europeo y como "interparlamentario". Mientras que en España se ve si puede pasarse más o menos de una ley con poca Europa y sin ningún Parlamento.

Claro que, en el fondo, esto tiene una raíz lógica y auténtica, que aunque es muy difícil de hacer comprender a un extranjero no es menos cierta. José Antonio negó siempre que su Movimiento fuese un "fascismo". Se negó a ir al Congreso fascista internacional de Montreux. Cuando fundó la Falange en el teatro de la Comedia Pradera le saludó como abanderado de una bandera tradicional que ya estaba en alto. Cuando visitó en Roma a Mussolini éste se interesó por los "requetés" y le preguntó si no le bastaría galvanizar las boinas rojas en vez de ir en busca de una camisa nueva. José Antonio no lo entendió así. Y probablemente tuvo razón: porque en aquel momento interesaba que con el mis-

mo cogollo y sustancia tradicional se adoptara lenguaje, estilo, fórmulas, gestos que comprendiera mejor la juventud porque estaban más a la orden del día.

Solís tiene eso muy en la cabeza. Nadie puede negar sus esfuerzos evolutivos. Se dice Movimiento en vez de Falange o Partido; se quitan gestos o símbolos que recuerden demasiado cosas que radicalmente no puedan dialogar con los parlamentos europeos ni puedan acompañar el féretro Adenauer. Sólo desearía conservar el yugo y las flechas que, al fin y al cabo, es un signo nacional que inventó Nebrija para los Reyes Católicos. Todo eso está muy bien en la zona formalista. Pero la Ley del Movimiento y el Consejo, tal como está planteada, parece un poco fuerte para un cristiano interparlamentario y europeo. Si se conservara la vieja costumbre de recitar discursos fúnebres en los grandes entierros no creo que Solís hubiera escogido para recitarlo en la inhumación del gran canciller el texto de la Ley del Movimiento.

Pero Solís es el gran maestro de la oratoria fecunda y resbaladiza: que resbala en la fonética, pero nunca resbala en la dogmática. Dice lo que quiere cuando no quiere decir. Solís es un auténtico hijo de los olivares cordobeses. La pronunciación cordobesa está regida por eufonías y economías que en cualquier otra lengua menos radical que el castellano serían reglas académicas. Decir "soldado", en vez de "soldado" es una elisión de la consonante intervocálica que en italiano sería regla. Como decir "pa ná", en vez de "para nada" es una gracia de urgencia que sustituye la función de un apóstrofe, especie de lengua de fuego de una pentecostés léxica que autoriza la gracia. El italiano dirá "l'amore" como una licencia de aproximación. El castellano puro dirá "el amor", separando las palabras, como un anticipo de su deseo de separar también las parejas demasiado coronadas por apóstrofes unitivos.

Yo me limito a presentar realidades pintorescas, difíciles y perplejas. No me siento con capacidad para insinuar soluciones. Sólo digo que el Movimiento, con sus morfologías apretadas, con sus consejos en todos los grados, con sus militantes, con sus reglamentos apenas repintados para tapar la palabra "totalitario", marchará detrás del féretro del héroe demócrata-cristiano.

Regresar de ese viaje a la Ley del Movimiento es hazaña que sólo puede confiarse al ceceo aceitoso de un olivo andaluz, que es capaz de engrasar, hasta la sutileza, las bisagras de esa puerta que une la Secretaría del Movimiento y la democracia europea. Dios conceda a los olivos político-cordobeses el rendimiento que no logran los olivos vegetales de la misma tierra.

José María PEMAN

De la Real Academia Española

TRES CREMAS oatine

TRATAMIENTO COMPLETO DEL CUTIS

